

y entrarán de nuevo en el círculo de goces y placeres á que están habituados

Hemos visto hasta aquí la vida á que voluntariamente se condena el Sacerdote católico, por la felicidad y el bien de sus hermanos. Veámos ahora con qué clase de muerte terminan tantos sacrificios.

Mucho tiempo hacia que se asechaban los pasos de Monseñor Borie, cuando la traicion lo hizo caer en manos de sus perseguidores (1). Un hombre llamado Tham, acusado de haberle dado asilo, se ofreció á conducir á los mandarines al retiro que él mismo hizo aceptar al misionero. La captura nada hizo perder al santo confesor de su habitual alegría en medio de los guardias que lo custodiaban para conducirlo á la prision, entonaba entonces un cántico religioso. Aquella alegría; aquel canto de que el mandarin no podia comprender el objeto, picaron su curiosidad. Pidió la explicacion de ella á Monseñor Borie. Este respondió á su pregunta con

(1) Estando en prision, allí recibió la noticia de su elevacion al Obispo de Acantho. Nació el 20 de Febrero de 1838, y fué martirizado el 24 de Noviembre de 1808.

una instruccion sobre la vanidad de los placeres del mundo, que comparaba á una vaga y fugitiva sombra. Todas sus palabras estaban impregnadas de una noble seguridad. Lo único que le afligia era el temor que le asaltaba de que el pueblo fuese maltratado por su captura. Suplicó entonces, y muchas ocasiones á los mandarines, que no castigaran á las vecindades cristianas con alguna desgracia, recordándoles que no olvidaran que ellos debian ser los padres de aquellos que el rey ponía en su lugar para dirigirlos

M. Borie pasaba los dias y las noches cantando en su prision cánticos, himnos y salmos. Los mandarines que deseaban preguntarle sobre la religion y los deberes que ella imponía, lo encontraban siempre dispuesto á responderles y á resolverles sus dificultades; pero si se les escapaba en sus conversaciones una expresion indecente, al punto se callaba. Un dia, el mandarin Bo que se disponía á hacerlo azotar, quiso preludiar los golpes con imprecaciones y palabras obscenas. El misionero indignado y sin temerle, le dijo: despedazad mi carne, derramad mi sangre, desgarradme como os plazca; pero al ménos no os expreseis en tales términos. Iba á verle el que queria, y este número fué muy grande; y quien podia oirlo, con él discurría acerca de las obliga-

ciones del cristiano. Se aprovechaba de este deseo para anunciarles á Jesucristo, haciéndolo con una santa libertad. El afecto extraordinario que mostraba por el pueblo, la alegría que reinaba constantemente en su rostro, no obstante que una pesada argolla oprimía sus espaldas, excitaba entre los paganos una admiracion general. Se les oía decir á los unos y á los otros: "Este maestro tiene verdaderamente un corazon tal para enseñar la religion, que si para despues viniera á enseñárnosla la abrazariamos." Desde entónces los cristianos de los alrededores no volvieron á ser inquietados. Se puede decir que el arresto del pastor, fué la paz del rebaño.

Los acusados no tardaron en ser trasladados á la prefectura. En todo el tránsito M. Borie fué objeto de ovacion para todos los cristianos: se agrupaban en todas las calles por donde pasaba, y lo seguian llorando: y cuando era necesario pasar los rios, no queriendo los [mandarines hacer uso de las barcas que se les ofrecian, se le arrastraba á ellos, con el agua hasta el cuello, haciendo otro tanto los que lo acompañaban, exponiéndose á ahogarse, pero se aventuraban á tantos peligros, solo por acompañar y no abandonar ni un momento al misionero. A su llegada á la prefectura se le concedió un dia de repo-

so: y desde el dia siguiente fué interrogado por el juez de lo criminal.

—"¿Qué edad teneis? ¿Qué bajel os trajo de Europa á Cochinchina? ¿Desde cuándo estais en este país? ¿Qué lugares habeis habitado?"

—Tengo treinta años y seis meses; llegué á Tong-xing en la barca de un gran mandarin; he visto todos los lugares casi de la provincia: hace cinco ó seis años que resido aquí; poco importa el nombre de los lugares que he habitado: vine solo. Ahora que estoy preso, no me quejo de mi suerte; pero el pueblo es siempre la familia del gran mandarin; os suplico pues tratarla con indulgencia, y otorgar la paz á los cristianos de Ben-Chanh que están sepultados en la consternacion, desde que me capturaron en medio de ellos.

—Abundamos en efecto, le contestaron, en conmiseracion por el pueblo, y vos nos llenais de interes, porque no sois ladron de camino real, y nada más se os reprocha que vuestra fé: no obstante la órden del rey nos obliga á sujetaros á la tortura.

—Lo sé, respondió M. Borie.

En el momento los soldados colocan dos estacas en la tierra; á ellas se le ataron sus piés y sus manos; se coloca una teja debajo del vientre

y otra debajo tambien de la barba y se le aplican treinta barazos. Durante los primeros veinte, ni un suspiro siquiera arrojó, no obstante que la sangre brotaba de sus carnes despedazadas; á los diez últimos se le oyeron algunos gemidos. En el tiempo que duró esta cruel flagelacion, se advirtió que tenia su pañuelo en la boca.

—“Basta, dijo el mandarin á los ejecutores, perdemos nuestro tiempo en azotar.” Despues dirigiéndose al misionero le preguntó si sentia algun dolor.

—“Soy de carne y hueso como todos, respondió, ¿por qué, pues, estaria exento de dolor? Pero no importa, antes como despues de la tortura, estoy igualmente alegre.” “La constancia de un europeo aun en medio de los rormentos, decian entre sí los mandarines, testigos de tanta resignacion, es inquebrantable.”

Otras muchas veces se sujetó á M. Borie al tormento: pero siempre con el mismo éxito. Desconcertado el juez, le preguntó un dia de tantos en que se le atormentaba, por qué se obstinaba en callar.

—“En Europa, respondió, cuando el acusado comparece ante sus jueces, se le interroga y se le juzga segun las leyes del pais. Si se le encuentra culpable se le condena, y entónces pre-

senta su cabeza al ejtcutor; pero no se le da de palos para obligarle á confesar lo que no ha hecho; lo que vosotros haceis solo es propio para los brutos. Ved por qué insisto en callar.

—Pero supongamos que el rey os pida á la capital: allí hay una grande hoguera, tenazas enrojeadas con las que se arrancaria á pedazos vuestra carne. ¿Podreis entónces obstinaros en vuestro silencio?

—Cuando el rey lo mande, veré lo que hago, porque no me atrevo á presumir lo que entónces pueda hacer.

Durante todo este procedimiento M. Borie fué tratado con las mayores consideraciones por el mandarin criminal y por el militar. Solo el mandarin Bo, intendente de la provincia, se mostró constantemente brutal y violento. En fin, los tres se reunieron para dar la sentencia capital contra los santos confesores. El 9 de Noviembre fué enviado á la corte de Hué, y el 24 del mismo mes, cuando los prisioneros cristianos tomaban su ligera comida en la alegría del Señor, llegó la ratificacion del juicio que condenaba á M. Borie á que se le acortara la cabeza, y á los dos sacerdotes á ser extrangulados, y á los dos confesores, á permanecer en prision hasta que el tirano aplazara el dia su suplicio. En el

momento el mandarin criminal ordenó al carcelero que cociera una gallina para los tres Sacerdotes—porque es costumbre en el país regalar á los que están dispuestos para la muerte—Como era sábado, día en que ayunaban los tres. M. Borie respondió que no comería carne aquel día, pero que para complacer al mandarin criminal, bebería un poco de vino. Entónces todos los prisioneros se levantaron para saludar por última vez á los santos mártires.

M. Borie no olvidó á su jóven discípulo. Antes de dejar la prision, lo confió á Chu-Nam diciéndole: «Pensaba que iríamos todos juntos al suplicio, y no es así, declaro que adopto á este jóven por hijo mio; así, todo el afecto que habeis tenido por mí, os ruego lo tengais por este querido niño:»

Todos los prisioneros vertian torrentes de lágrimas, y en medio de entrecortados sollozos, se despidieron para siempre. El mandarin permitió, durante algunos instantes, un libre curso á su dolor, y despues leyó á los condenados su sentencia, y les expresó su pesar de no poder diferir ni un día la ejecucion, preparándoles el festin de costumbre, M. Borie, levantándose, dijo: «Desde mi infancia, ante nadie me he postrado: y ahora doy gracias al gran mandarin por el fa-

vor que me ha procurado, manifestándole mi reconocimiento con esta prosternacion.—Y se humilló—Pero el oficial impidió que se echara á sus piés, y se puso á llorar, así como los otros. Los padres Diem y Khoa dieron al mismo tiempo los mismos agradecimientos, y partieron los tres para el lugar del suplicio.

M. Boiré caminaba sin detenerse, volviendo de tiempo en tiempo la vista atras para ver si los otros dos Sacerdates podian seguirle. Los tres aparecian con una faz radiante de santa alegría. En el camino, el misionero saludaba á todos los que conocia, deseéndoles la paz. El mandarin Bo fué uno de los que se presentaron en el camino: hizo alto al cortejo, y preguntó al Sacerdote europeo si en aquella hora temia la muerte.

—No soy rebelde ni asesino para temer, respondió el mártir, no temó más que á Dios. Hoy á mí me toca morir, mañana será á otro.

—¡Que insolencia! respondió el mandarin, y lanzando una blasfemia.

Que se le abofetee—dijo—y se retiró. Los soldados no obedecieron. Llegados al lugar de la ejecucion, M. Borie llamó á uno de los escribanos y encargó dijera al mandarin Bo que si

su respuesta le ofendió que se dignara perdonarle.

Sobre el lugar designado para el suplicio, se extendieron seis esteras por un cristiano, y allí se arrodillaron los tres mártires, orando por algún tiempo con sus rostros vueltos para Europa. Terminada la oración, un cerragero llegó para romper el hierro que unía las dos partes de las argollas. A los padres Diem y Khoa, se les echó por tierra colocándolos bocabajo para ser estrangulados. Monseñor estaba sentado, con las piernas cruzadas y su vestido replegado bajo las arcas. Entónces el mandarin tomó su bocina é indicó que al tercer sonido que se oyera de su timbal, los verdugos hicieran la ejecución. El suplicio de los dos Sacerdotes anamitas fué violento, pero el de M. Borié fué lento, horroroso. El ejecutor, ébrio como estaba, no sabía lo que hacía: así es que al primer golpe con su sable, le llevó parte de la oreja, descendiendo á la quijada: el segundo le llevó parte de las espaldas, replegándose el golpe sobre su cuello; el tercero fué más acertado, pero con todo no logró separar la cabeza del cuello. A vista de esto, el mandarin criminal retrocedió horrorizado, y para concluir fué necesario repetir hasta siete veces los sablazos para terminar con aquella obra de

sangre, durante la cual, el santo misionero nó exhaló ní el más ligero quejido.

Es necesario convenir que el Sacerdote que se consagra á una vida de tantos sacrificios, á una muerte tan horrible por los pobres idólatras que nunca ha conocido, tiene, y debe tener por cierto derecho á la gratitud del mundo entero, El poder del oro, el atractivo de los honores, son muy grandes; y sin embargo, el oro con todo su brillo, los honores con todos sus encantos, jamás han inspirado á mortal alguno tal heroísmo. En el nuevo mundo, y en las islas más lejanas, se han encontrado, ea verdad, predicadores del Santo Evangelio; pero diferentes del Secerdote católico. Habitan hermosas casas, viven con su mujer y sus hijos, gozan de pingües rentas, atesoran grandes riquezas, y jamás predicán sus doctrinas con perjuicio de su reposo y el de su familia, ni de su reputacion, ni mucho ménos de su vida.

Terminaremos este capítulo con esta hermosa página de Fenelon que consagró al Sacerdote católico misionero, en la persona de Francisco de la Pallu: (1) «Un santo Pontífice, marchan-

(1) Misionero apostólico en el Tong-King, y Obispo de Heliópolis: fué el primero que dió la vuelta alrededor del mundo, por el Oriente.

do sobre las huellas de Francisco Xavier, ha bendecido ya aquella tierra (la China) con sus últimos suspiros. Hemos visto á este hombre sencillo y magnánimo, que acababa tranquilamente de dar la vuelta al mundo: hemos visto aquella ancianidad prematura y simpática, aquel cuerpo encorvado, no por el peso de los años, sino por el de sus penitencias y trabajos; y parecía decirles á todos, entre los que pasaba la vida, á todos los que no nos saciábamos de verle, de bendecirle, de gustar de su union, y de sentir el buen olor de Jesucristo que habitaba en él; parecía decirnos: «vedme ahora, yo sé que no me volveréis á ver» Lo hemos visto cuando venia de medir la tierra; pero su corazón, más grande que el mundo, estaba aun en aquellas regiones tan lejanas. El espíritu lo llamaba á la China, y el Evangelio que este vasto imperio le debía, era como un fuego devorador en el fondo de sus entrañas que ya no podia contener.

«Id, pues, santo anciano, atravesad otra vez el océano que os admira y á vos se somete; id en nombre de Dios. Vereis la tierra prometida; os será permitido entrar en ella, porque lo habeis esperado contra la esperanza misma. La tempestad que debía causar el naufragio, os llevará á aquellas riberas deseadas.»

En efecto, Francisco de la Pallu abordó por segunda vez á la China; durante ocho meses enteros, aunque enfermo, y casi moribundo, anunció el Evangelio de Jesucristo. Sucumbió, en fin, exhausto de fatiga y de celo. Su muerte fué una pérdida inmensa para la ciencia, la virtud y el clero católico.
